



LA

# IMPÍA OSCURIDAD

RICHARD MORGAN

En su búsqueda de la tumba del legendario rey oscuro conocido como el Adoptado de Ilwrack, Ringil Eskiath, él mismo a medio camino de convertirse en un poderoso brujo guerrero, está condenado a sufrir una dolorosa decepción.

Aprovechando que la expedición comandada por Ringil se encuentra más allá de las líneas imperiales, sus enemigos organizan una celada en la que colaboran viejos conocidos como la camarilla de Trelayne y los bellos y letales dwenda.

Como consecuencia, los camaradas se separan de nuevo, y Archeth la kiriath y Egar el Matadragones se encuentran naufragados en el desierto, hogar de temibles criaturas, ruinas hechizadas y espantosas pervivencias del pasado. Buscando recuperar a sus amigos, Ringil volverá a su ciudad natal como un mal viento negro, desatando una implacable venganza sobre todos los que se interpongan en su camino, sean humanos, inmortales o los mismísimos dioses.

Así culmina la trilogía Tierra de Héroe de Richard Morgan, una vigorosa sacudida al género épico que además incluye sutiles conexiones con el universo de Takeshi Kovacs, ahora llevado a la televisión en la serie *Altered Carbon* de Netflix.

Este libro es para  
Daniel  
Estaré allí por los sargazos, compañero

«No me preguntéis cómo funciona la magia... pero de un modo u otro, no puede ser para tanto, o supongo que el mundo sería jodidamente fantástico y feliz y que toda la gente viviría en paz y armonía y todo eso; ya me gustaría, si queréis saberlo. En cualquier caso, las cosas no son así, y es mejor decirlo, porque de lo contrario no necesitarían a gente como yo (y me hubiera muerto de aburrimiento, además).

»No, ahora no me va nada mal; mis servicios están muy solicitados...».

Iain Banks, *El puente*

«Pedid justicia o explicaciones, y el mar atronará con su mudo clamor. Las cuentas de los hombres con los dioses nunca cuadran».

George Steiner, *La muerte de la tragedia*



# Libro I

## En el culo del mundo

«Una vez hubo una gran aventura en las tierras del norte: una ilustre compañía dirigida por tres gloriosos héroes de la Gran Guerra, junto a los mejores guerreros y sabios del imperio, y guiados por un ángel caído de las alturas...».

*La Gran Crónica de Yhelteth,*  
edición de los bardos de la corte

## Capítulo uno

—Bueno, eso es todo, supongo.

Ringil Eskiath sopesó el hueso de mandíbula humana en la palma de la mano. Estaba agachado al borde de la tumba abierta, luchando contra el vago impulso de saltar al interior.

*Se debe estar bien ahí dentro. Sin viento, tan oscuro y caliente...*

En lugar de ello, se frotó la barbilla mal afeitada. Una barba de tres días, áspera bajo sus dedos encallecidos y que le escocía en las mejillas demacradas. Su capa, arremolinada a su alrededor en su posición agachada, estaba manchada en los bordes y mojada a causa de la hierba empapada por la lluvia. El hombro del lado de la espada le molestaba a causa de la inclemente humedad.

Ignoró el dolor y se concentró en lo que yacía debajo de él en la tumba.

Habían venido de muy lejos para aquello.

No había gran cosa; trozos de madera que podían haber formado un ataúd, unas cuantas tiras largas de cuero rígido y a punto de desmenuzarse. Unos cuantos fragmentos pequeños de hueso, como los restos de la adivinación de un brujo demasiado entusiasta...

Gil suspiró y se levantó. Volvió a arrojar la mandíbula adentro, con los demás huesos.

—Cinco putos meses desperdiciados.

—¿Mi señor?

Era Shahn, el sargento de infantería, que había salido de la tumba y aguardaba cerca de los montones de tierra

que sus hombres habían excavado. Tras él estaba el grupo de trabajo, manchado de tierra y sudor, con las herramientas en la mano, haciendo muecas a causa de la lluvia. Quienquiera que hubiera cavado aquella tumba siglos atrás, había elegido un lugar cerca de los acantilados, y en aquel momento soplaba un fuerte viento del océano, cargado de ráfagas de cellisca y la promesa de otra tormenta. Los tres guías de las Hiron que habían contratado en Ormley ya se habían cubierto con las capuchas, y estaban algo apartados de la tumba, observando el cielo y conversando en voz baja.

Ringil se limpió los restos de tierra de las manos.

—Hemos terminado —anunció en voz alta—. Si este es el Adoptado de Ilwrack, los gusanos se encargaron de él hace mucho tiempo. Recoged las herramientas y volvamos a los botes.

Hubo cierta vacilación, manos junto a los mangos de las herramientas, movimiento de pies. El sargento se aclaró la garganta. Señaló con un gesto poco decidido al montón de tierra blanda junto a la tumba.

—Señor, ¿no deberíamos...?

—¿Cubrirlo? —Ringil sonrió ásperamente—. Escuchad, si esos huesos se levantan y nos siguen hasta la playa, me sorprenderá mucho. Pero ¿sabes qué? Si lo hacen, me encargaré de ellos.

Sus palabras crearon su propio espacio de quietud en el viento creciente. Los hombres tocaron amuletos y talismanes. Hubo algunos murmullos.

Ringil les lanzó una mirada subrepticia, contando rostros sin aparentarlo. Un par de los hombres que veía habían estado presentes cuando acabó con el kraken, pero la mayor parte estaba en otros barcos en aquel momento; o bien a bordo del *Muerte de Dragón* pero en sus literas. Había sido una noche terrible de todos modos; lluvia y vientos aullantes, la luz anular ahogada por nubes gruesas y enormes, y una pelea que acabó casi en cuanto empezó. Excepto un

puñado de hombres, casi todos se habían perdido la acción.

Recibieron la información de sus camaradas, por supuesto, pero Ringil no podía culparles por dudar de ella. Matar a un kraken, en el corazón de una tormenta en el océano por la noche... Sí, claro. Era una escena sacada de un mito, una historia para contar a la luz de los faroles y asustar al grumete. Era un puto cuento.

Habían transcurrido cinco semanas, y no era consciente de que nadie le hubiera llamado Matakraens desde entonces.

Supuso que era mejor así. Tenía la suficiente experiencia en el mando para saber cómo funcionaban las cosas. Era mejor no sacar a los hombres de sus errores, fueran cuales fueran. Ello se aplicaba de igual forma a quienes dudaban de él y a quienes contaban historias de sus proezas. Probablemente, saber la verdad aterraría a ambos grupos, y, en aquel momento y lugar, podía ser contraproducente. Ya estaban bastante nerviosos.

Les miró. Apoyó una bota sobre el trozo de granito solitario y cubierto de musgo que servía de lápida para la tumba. Levantó la voz para que le oyeran todos; perlas de sabiduría oscura surgidas del guerrero brujo que les mandaba.

—Muy bien, escuchadme. Si alguien quiere derramar sal, adelante, hacedlo. Pero si nos quedamos aquí a tapar este agujero, acabaremos empapados.

Señaló hacia el oeste, en dirección al mar. No hacía mucho que había pasado el mediodía, pero la agria luz del atardecer empezaba ya a apagarse. Las nubes se acercaban a toda prisa desde el norte, hirviendo como tinta vertida en un vaso de agua. Sobre ellos, el cielo se estaba volviendo de un color tan negro como el rostro de un ahorcado.

*Sí, y antes de que te des cuenta empezarán a decir que eso es un presagio.*

Su humor no mejoró demasiado en el camino de regreso a los botes. Tomó la delantera en el ondulante camino

de cabras que les servía para descender del acantilado. Marcó un paso muy rápido sobre el flexible suelo. Nadie cometió el error de tratar de mantenerse a su altura o hablar con él.

En contraste, a su espalda había cierto buen humor. Los soldados se habían tranquilizado con el permiso de usar protecciones. Caminaban ruidosamente detrás de él, entre bromas y burlas. Era como si hubieran arrojado los malos presagios junto con la sal de sus bolsas de cuero, y los hubieran dejado atrás en los diminutos rastros blancos que habían trazado.

Ringil supuso que aquello era exactamente lo que había ocurrido. ¿Acaso no era aquel el sentido de la religión?

Pero era lo bastante honesto para reconocer que él también se había relajado. Porque, pese a todas las tumbas vacías e inútiles, pese a su propia convicción cada vez más sólida de que estaban perdiendo el tiempo, él también había subido a aquel acantilado esperando una pelea.

Deseando una pelea.

Pequeños vestigios del sentimiento aún le temblaban en la nuca y las manos. Lo suficiente para saber que había existido, aunque no se hubiera percatado de ello en su momento.

*El último lugar de descanso del Adoptado de Ilwrack.*

*Otra vez.*

Aquel había sido el noveno último lugar de descanso hasta el momento. La novena tumba del legendario rey oscuro que abrían, solo para encontrar debajo los restos de una mortalidad común.

*Tiene que haber un modo más fácil de hacer esto.*

Pero en realidad no lo había, y Ringil lo sabía. Todos eran extranjeros allí, él incluido. Oh, había leído sobre las Hiron en la biblioteca de su padre de pequeño, y había aprendido de sus tutores los simples hechos. Y, durante su juventud en Trelayne, había conocido a un puñado de personas que habían pasado cierto tiempo exiliadas allí. Pero

no era un conocimiento con aplicaciones prácticas, y en cualquier caso estaba varias décadas desfasado. Aparte de hablar naómico con fluidez, no tenía ninguna ventaja útil sobre sus compañeros de expedición.

Entre tanto, Anasharal el timonel, que había parecido una fuente de conocimientos sobrehumanos mientras planeaban la expedición en Yhelteth el año anterior, se mostraba a la sazón remarcablemente parco en detalles. El demonio kiriath no podía o no quería guiarles a la tumba del Adoptado, y había sugerido en lugar de ello (de un modo bastante altanero) que hicieran ellos el trabajo y preguntaran a los nativos.

*Caí de las alturas por vosotros, era el contenido habitual del sermón. ¿Acaso es culpa mía no tener ya la visión a la que renuncié para traeros mi mensaje? Os he guiado hasta el final del viaje. Que las lenguas humanas hagan el resto.*

Pero los isleños de las Hiron eran famosos por su reserva; incluso los tutores de Gil, aburridos como ostras, lo habían mencionado. Históricamente, se sabía que habían dado refugio a famosos piratas y evasores de impuestos pese a los esfuerzos incansables de los oficiales aduaneros de la Liga. Eran capaces de mantener una calma impasible frente a las amenazas, escupir con desprecio ante el acero desenvainado y morir bajo tortura antes que delatar a otro isleño.

De modo que ciertamente no iban a revelar los secretos de varias generaciones a un grupo de imperiales recién llegados del sur que habían empezado a preguntarles: *Oh, por cierto, hemos oído que hay un señor oscuro legendario enterrado por aquí en alguna parte; ¿no podríais llevarnos hasta él?*

En cualquier caso, no iba a ser tan fácil.

El mero hecho de encontrar un grupo de nativos dispuestos a hablar con ellos les llevó una semana de cuidadosa diplomacia dentro y fuera de las tabernas de Ornley, y luego en las aldeas de más allá. Necesitaron palabras amables, dinero e interminables rondas de bebidas. E, incluso

entonces, lo que aquellos hombres tenían que contar era escaso y contradictorio:

—... el Adoptado de Ilwrack, hum, sí, es el de la leyenda de los dwenda. Pero nunca estuvo enterrado aquí, los dwenda se lo llevaron en un barco resplandeciente hasta donde el anillo se encuentra con el océano...

—... le crucificaron por traidor en la playa de Sirk, o eso es lo que oí, mirando el sol poniente mientras moría. Sus seguidores le bajaron tres días después y lo enterraron. Es esa tumba, detrás del antiguo templo de los balleneros.

—... el Traidor de Ilwrack fue llevado a la Última Isla, el Último Eslabón de la Cadena, tal como dicen las leyendas. Pero la isla solo se manifiesta ante los ojos mortales en el solsticio de primavera, e, incluso entonces, es necesario purificarse con la oración. Desembarcar allí requeriría un acto de mucha piedad. Deberíais preguntar en el monasterio de los acantilados de Glin, tal vez puedan hacer ofrendas por vosotros para cuando volváis el año próximo.

—Sí, exactamente. —Risas burlonas en el fondo de la taberna—. Preguntad a su hermano, en Glin. Nunca he visto que rechace una petición de intercesión si venía acompañada del dinero suficiente...

—¿Sabéis qué? Empiezo a estar harto de todos vosotros. Mi hermano es un hombre justo, no como algunos bastardos inútiles que podría...

Habían tenido que terminar aquello a puñetazos. Y empezar de nuevo.

—... la tumba que buscáis está en un promontorio de la península de la Gaviota Gris, a no más de un día de camino al norte de aquí. Al acercarse, la Gaviota Gris puede parecer una isla separada, pero no os dejéis engañar. Ciertas corrientes hacen que las entradas se llenen de agua lo suficiente en algunos momentos para que lo parezca... Pero siempre se puede cruzar, como mucho el agua os llegará a la cintura. Y la mayoría de veces ni siquiera os mojaréis las botas.

—¡Ja! —Un veterano pescador tose y escupe algo desagradablemente amarillo sobre el serrín que cubre el suelo de la taberna, muy cerca de la bota de Ringil—. *¡No encontraréis esa tumba a este lado del infierno! ¡Allí es donde los demonios aldraínos se llevaron a ese! ¡Chillando, al infierno!*

—*No, no, señores, perdonadle, eso son solo supersticiones de pescadores. El último hijo humano de Ilwrack está enterrado en un cruce de caminos, sobre una colina justo al sur de aquí. Algunos dicen que la propia colina es el túmulo del Adoptado.*

—... *la verdad, señores, es que el héroe dwenda fue enterrado en el círculo de piedras de Selkin, donde sus seguidores...*

Y así sucesivamente.

Fueron muchas preguntas.

Pero en ausencia del otro objetivo de la expedición imperial (la legendaria ciudad flotante de An-Kirilnar, que tampoco parecían capaces de encontrar), realmente no había mucho más que hacer excepto moverse de lugar en lugar y cavar hasta sufrir una nueva decepción.

La decepción es un veneno muy lento.

Inicialmente, y en los lugares más cercanos, prácticamente todas las figuras importantes de la expedición les acompañaron. Aún había un aire palpable de final del viaje flotando sobre ellos en aquel momento; la sensación de que, tras tanto tiempo de planear, tras haber recorrido tantas millas náuticas, habían llegado. Y fuera lo que fuera lo que les aguardaba, nadie quería perderselo.

Y ello era más cierto para Mahmal Shanta que para ninguno de los demás. Les acompañaba por pura curiosidad académica, a costa de una incomodidad personal bastante sustancial. Realmente, era demasiado anciano para viajar a un lugar tan frío. Shanta estaba aún recuperándose de una gripe, y tenía que ser transportado por seis criados en una litera cubierta, lo que era muy incómodo cuando el terreno

era malo y retrasaba a todo el mundo. Gil lanzaba miradas de fastidio a Archeth, pero, después de todo, ¿qué podían hacer? El anciano armador era el principal mecenas de la expedición; los astilleros de su familia habían construido dos de los tres barcos que habían usado y reacondicionado el tercero, e, incluso enfermo, se mantenía obstinadamente al mando del barco insignia, el *Orgullo de Yhelteth*.

Si alguien se había ganado el derecho a acompañarles, era Shanta.

Las razones de Archeth eran dobles, y algo más pragmáticas. Iba porque era la líder general de la expedición, y se esperaba de ella. Pero, más aún, necesitaba desesperadamente algo que la distrajera de la ausencia de arquitectura kiriath flotando sobre las olas frente a la costa. No encontrar An-Kirilnar había sido un golpe duro.

El comandante de infantería Senger Hald iba en teoría para supervisar a los hombres bajo su mando que participaban en la búsqueda, pero en realidad para dejar una huella militar indiscutible en lo que ocurriera. Y Noyal Rakan iba junto a él, para exhibir la bandera del Trono Eterno y recordar a todo el mundo quién se suponía que estaba al mando. Ambos hombres mantenían una relación fría y cordial, pero la rivalidad entre ambos servicios nunca estaba muy por debajo de la superficie, ni en ellos mismos ni en sus hombres.

Lal Nyanar, capitán del *Muerte de Dragón*, sobre todo gracias a la notable inversión de Shab Nyanar en la expedición, les acompañaba incluso cuando la búsqueda era en el interior, al parecer por la creencia de que representaba los intereses de su padre ausente. A Gil no le importaba demasiado; Nyanar no tenía mucho de capitán de barco (los mandos honorarios que su familia le había procurado en Yhelteth habían sido sobre todo ceremoniales o en barcos de río), pero al menos sabía obedecer órdenes. Una vez perdido de vista su barco, respetaba a los líderes de la expedición y mantenía un perfil bajo.

No podía decirse lo mismo de los demás.

De los demás inversores en la expedición que habían viajado al norte, Klarn Shendanak se mantenía cerca de la acción porque no confiaba en absoluto en los imperiales, y ello incluía a Archeth Indamaninarmal, consejera del emperador, de piel negra como el azabache y medio humana. Menith Tand le seguía y se mantenía cerca de Shendanak porque sentía toda la repugnancia propia de los nobles imperiales hacia los rudos modales del emigrante majak y no quería quedarse atrás. Y Yilmar Kaptal iba porque desconfiaba en la misma medida de Shendanak y de Tand. Ninguno de los tres atacaba abiertamente a los otros, pero tenerlos detrás era como dirigir una procesión de gatos callejeros. Shendanak nunca iba a ninguna parte sin una guardia de honor de ocho hombres, compuesta por primos segundos de aspecto patibulario recién llegados de las estepas, lo que significaba que Tand llevaba a su vez a un puñado de sus mercenarios para equilibrar la ecuación, y que Kaptal exigió que Rakan reuniera a un pelotón de soldados del Trono Eterno por si acaso...

Egar iba normalmente junto al hombro de Gil, solo por si había algún tipo de pelea.

Una mañana gris, de camino a una tumba protegida por talismanes que resultaría vacía a excepción del esqueleto de una oveja deforme, Ringil se detuvo y miró hacia atrás desde la cima de un montículo bajo, entrecerrando los ojos por la lluvia. Toda la maltrecha compañía estaba despararrada por el camino detrás de él, como los supervivientes de un naufragio. Pensó agriamente que no había visto un grupo semejante desde la expedición de retirada hacia la Quebrada del Patíbulo once años atrás.

*Eres un poco duro, había sido la considerada opinión de Egar. Con los expedicionarios, quiero decir. Allí teníamos un ejército. ¿Te imaginas tratar de guiar a estos a través de una batalla, hasta salir por el otro lado? Tendremos suerte*